

**DOMINGO DUODÉCIMO DESPUES
DE PENTECOSTES.**

Del evangelio de este dia deducimos tres asuntos de grande interés: uno sobre la gran dicha que cabe á los católicos por haber sido llamados á la verdadera Religion: otro sobre el módico precio á que Dios nos vende los bienes del paraíso; y el tercero sobre los títulos que Dios tiene para ser amado de nosotros.

El primer asunto se infiere del texto: Beati oculi qui vident quæ vos videtis; y se propone así: «Estas fueron las palabras que el Salvador dijo á sus discípulos, al darle ellos cuenta de una expedicion evangélica que venían de hacer, y en la que habían obrado grandes maravillas. Dichosos los ojos, les dijo, que ven lo que vosotros veis. Muchos reyes y profetas desearon vivamente ver lo que vosotros veis, y no lo consiguieron; y suspiraron por oír lo que vosotros oís, y no lo lograron. Estas palabras que Jesucristo dirigió á sus discípulos, ¿no puedo yo dirigirlas tambien á vosotros, mis amados fieles? Nacidos en el seno de la religion católica, instruidos en los misterios de la verdadera fe, fortificados con la gracia de los Sacramentos, ¿no puedo deciros que sois muy dichosos en ver lo que veis, y que vuestra dicha excede á la de muchos reyes y profetas? ¡Ah, fieles! entre los muchos beneficios de que la bondad divina os ha colmado, uno de los mas distinguidos, y que debería ser el objeto de vuestra mas tierna gratitud, es el haberos llamado á su verdadera Religion. ¡Oh, y qué beneficio ha sido este! Comparad vuestro estado con el de tantos pue-

«blos infieles que ha habido desde el principio del mundo; comparadlo con el de los patriarcas y profetas que vivieron en tiempo de la ley natural y escrita; comparadlo con el de aquellos mismos que vieron y oyeron á Jesucristo: ¿qué hallaréis? Que Dios, llamándoos á su verdadera Religion, os ha preferido á una infinidad de pueblos bárbaros, os ha distinguido sobre los patriarcas y profetas del Antiguo Testamento, y no os ha hecho menos dichosos que aquellos á quienes el mismo Jesucristo anunció su Evangelio, y en cuya presencia obró tantas maravillas. Voy á ponerlos en evidencia estas tres verdades, seguro de que si teneis el corazon un poco sensible, no dejarán de excitar en vosotros sensaciones muy tiernas y afectuosas.»

Para hacer evidente la primera verdad, se harán tres cosas: 1.º Se hará una viva pintura del triste estado en que vivieron la mayor parte de los hombres antes de la venida de Jesucristo, y de la lamentable ceguedad en que todavía viven muchos pueblos que no conocen al verdadero Dios, y á quienes no se ha anunciado el Evangelio. 2.º Se hará presente á los fieles que dichos pueblos se condenan irremisiblemente, porque se hallan fuera del arca de salvacion, que es la religion católica; y que igual suerte les cabria á ellos, si Dios no los hubiese llamado á esta Religion. 3.º Se les hará comprender bien, que el haberles Dios llamado á su Iglesia no ha sido por haber previsto en ellos algun mérito particular, sino por pura misericordia suya; y que, por el contrario, si Dios, al designar en sus eternos decretos cuáles debían entrar á formar parte de su Iglesia, solo hubiese atendido á las buenas disposiciones personales de cada uno, es probable que muchos infieles hubieran sido preferidos, y ocuparían el lugar que ellos ocupan en el Cristianismo. Estas tres reflexiones, bien propuestas, no podrán menos que excitar tiernos afectos de reconocimiento y gratitud.

La segunda verdad se demostrará haciendo ver la gran diferencia que hay entre los favores que Dios hizo á su pueblo en el Antiguo Testamento, y los que nos dispensa á nosotros en la ley de gracia. Entonces, como dice san Pablo, todo se pasaba en figuras, que no eran sino sombras de lo que vemos cumplido en nuestros dias. ¿Qué era la circuncision? Una sombra imperfecta de nuestro Bautismo. ¿Qué las purificaciones legales? Simples figuras de nuestra Penitencia. ¿Qué el cordero pascual, el maná, el pan subcinericio? Débiles imágenes del gran sacramento de la Eucaristía. Hágase una detallada enumeracion de las principales ceremonias de los judíos, de sus sacrificios, sacramentos, fiestas y preceptos; y comparándolo todo respectivamente con las ceremonias, sacrificios, Sacramentos, fiestas y preceptos de la ley evangélica, se hará ver cuanto mas santas son nuestras ceremonias, cuanto mas precioso es nuestro sacrificio, cuanta mas eficacia tienen nuestros Sacramentos, cuanto mas augustos son nuestros misterios, y cuanto mas fáciles de cumplir nuestros preceptos, ya se atiende al número, ya se considere la calidad.

La última verdad se probará haciendo un cotejo entre nosotros y los que tuvieron la dicha de ver, oír, y aun tratar personalmente á Jesucristo. ¿Qué vieron ellos? ¿qué oyeron? Oyeron las palabras de vida que salian de la boca del Salvador, sus instrucciones, sus preceptos y sus consejos: vieron las acciones santísimas que hacia, las obras de caridad que practicaba, los prodigios que obraba en todas partes. Pero ¿no oímos nosotros todos los dias los mismos discursos de la boca de los predicadores del Evangelio? ¿No se nos hace la relacion mas exacta de su vida santísima, de sus acciones, de sus palabras y de sus prodigios? ¿No estamos tan ciertos de todo, como si lo hubiésemos visto con nuestros mismos ojos? Nosotros vemos por la fe todo lo que los Apóstoles vieron con la vista corporal,

y en esto les somos iguales; y además vemos cosas que ellos no pudieron ver, y en esto les aventajamos. ¿Vieron los Apóstoles lo que principalmente sirve de argumento incontrastable de la fe que les enseñó su divino Maestro? ¿Vieron el cumplimiento de muchas de sus profecías y predicciones? ¿Vieron la dispersion de los judíos, la predicacion del Evangelio en todo el universo, el establecimiento de la Religion sobre los escombros de la idolatría, y sobre todo esa estabilidad de la Iglesia, demostrada con diez y ocho siglos de combates y otros tantos de triunfos? No, los Apóstoles no vieron ninguna de estas cosas que tanto robustecen nuestra fe; y nosotros, mas dichosos que ellos en esta parte, las vemos, las experimentamos, y las estamos tocando con la mano.

Probadas estas tres verdades, se concluirá el discurso con una reflexion práctica, manifestando cuán culpables son los cristianos que no corresponden á la gracia de su vocacion, y cuán severamente serán castigados los que abusan de esta gracia.

El otro asunto, que es sobre lo poco que Dios exige de nosotros para darnos el cielo, se infiere del texto que dice: Magister, quid faciendo vitam æternam possidebo? y se le da el siguiente exordio: «En ocasion que el Salvador tenia un coloquio familiar con sus discípulos sobre la dicha que les cabia «por haber sido llamados á la luz del Evangelio, se levantó un «doctor de la ley, y le dijo: Maestro, ¿qué debo hacer yo para alcanzar la vida eterna? Esta pregunta la hizo el doctor, «no porque desease sinceramente saber de él qué era lo que debia practicar para conseguir el cielo, sino para probar hasta «dónde llegaban sus luces y sabiduría: Tentans eum. Jesucristo le contestó: ¿Qué está escrito en la ley? ¿qué lees tú en ella? «Leo, respondió el doctor, estas notables palabras: Amarás al «Señor tu Dios con todo tu corazon, con toda tu alma y con «todas tus fuerzas; y á tu prójimo como á tí mismo. Has res-

«pondido muy bien, le dijo el Salvador: cumple esto, y conseguirás el cielo: Rectè respondisti: hoc fac, et vives. Aquí «teneis, fieles míos, todo lo que Dios exige de vosotros para daros el paraíso. ¿Puede exigirnos menos? ¿puede ofrecernos el «cielo mas barato? Mas ¡ay de mí! que muchos ni á un precio «tan módico lo quereis aceptar. Entended, cristianos, que el «cielo no se da de balde, sino que es menester comprarlo, ofreciendo al menos el precio módico que Dios nos pide por él. Cuál «sea este precio, es lo que vamos á ver en la presente instrucción.»—Ahora se tomará la plática que está puesta en el Catequista orador, tomo 1.º, pág. 226.

El tercer asunto es el que sigue con el título de

Dios infinitamente amable.

Diliges Dominum Deum tuum
ex toto corde tuo. (Luc. x, 27).

Es ciertamente una cosa muy sensible, que los predicadores nos veamos precisados á probar la obligacion que todo hombre tiene de amar á Dios, y que hayamos de probarlo, no al judío, no al infiel, no al bárbaro; sino á los cristianos, á los discípulos de la caridad, á los hijos del amor. Pero ¿cómo no hacerlo, viendo que el fuego del amor divino va apagándose de dia en dia entre nosotros, faltando ya poco para quedar enteramente extinguido? ¡Ay de mí! hubo un tiempo en que podia decirse, que toda la tierra estaba llena de templos, y que entre tantos no habia uno para el verdadero Dios; porque todos estaban dedicados, cuál á Júpiter, cuál á Venus, cuál á Marte, cuál á alguna otra deidad todavía mas abominable. ¿Y no podria decirse hoy con igual razon, que el

mundo arde todo en fuego de amor, y que de tanto amor no hay una sola chispa para Dios, porque se lo llevan todo las miserables criaturas?

Ó cristianos, que consagrais vuestro amor á las criaturas bajas y terrenas, y lo negais al que es infinitamente digno de ser amado, ¿qué he de hacer yo con vosotros para conseguir que ameis á vuestro Dios? Podria haceros sentir todo el rigor del precepto divino que os manda, so pena de condenacion eterna, amar al Señor con todo vuestro corazon, con toda vuestra alma y con todas vuestras fuerzas: sí, podria... mas, prefiero seguir otro rumbo. Yo quiero probar si logro entenderme directamente con vuestro corazon, y ver si consigo triunfar de él despertando sus sentimientos. De vosotros solo quiero una cosa, y es que oigais con atencion lo que voy á decir, y que despues deis obrar libremente á vuestro propio corazon. ¡Ah! si lo teneis un poco sensible, si todavía es capaz de experimentar alguna tierna sensacion, si no está ya enteramente cerrado á todo afecto piadoso, yo confio que no sabrá resistir á la fuerza de estas tres verdades: Dios es infinitamente amable: Dios nos ama tiernísimamente: Dios desea mucho que le amemos. Repito, que hoy solo exijo de vosotros que me escuchéis con atencion.

Al querer hablar de la infinita amabilidad de nuestro Dios, se me viene naturalmente á la boca aquella enérgica pregunta que el arcángel Miguel dirigió á sus compañeros de gloria, viendo el horroroso cisma que el soberbio Lucifer habia suscitado contra Dios en el paraíso: *Quis ut Deus?* ¿Quién como Dios? Cual intrépido general que, habiendo de entrar en batalla con los enemigos de su príncipe, arenga á sus tropas,

las anima, las entusiasma, y al grito de ¡viva el Rey! las arroja sobre el ejército enemigo; así, todo enardecido de celo aquel Arcángel fidelísimo, iba gritando á sus compañeros: *Quis ut Deus?* Tronos, decia, Virtudes, Dominaciones, Potestades... oid la voz de vuestro general, y en vuestro altísimo entendimiento pesad bien el valor de esta simple palabra: ¿Quién como Dios? ¿Hay en todo el empíreo quien pueda competir con Dios en poder, en bondad, en hermosura y en gloria? ¿Quién tan poderoso como él?... ¿Quién tan bondadoso como él?... ¿Quién tan hermoso y glorioso como él?... *Quis ut Deus?*

Otro tanto digo yo á vosotros, mis amados fieles. ¿Quién como Dios? ¿Quién tan digno de ser amado como él? Recordad uno á uno todos los objetos que pueden excitar vuestro amor: ¿hay alguno tan amable como Dios? En cuanto á hermosura, *Quis ut Deus?* ¿quién tan hermoso como Dios? Su rostro es tan bello, que despues de seis mil años que los espíritus bienaventurados le están contemplando continuamente en el cielo, todavía no están saciados de mirarle, ni lo estarán en toda la eternidad. En punto de poder, *Quis ut Deus?* ¿quién tan poderoso como Dios? Es tan grande su poder, que con una sola palabra podria criar mil mundos incomparablemente mas grandes y hermosos que este, y con otra palabra podria destruirlos y aniquilarlos. En lo que toca á santidad, *Quis ut Deus?* ¿quién tan santo como Dios? Su santidad es tan perfecta, que el mas leve defecto le repugna infinitamente, y mas posible seria que la luz fuéese tinieblas, y el frio calor, que no que en Dios hubiese la mas ligera imperfeccion. Por lo que hace á sabiduría, *Quis ut Deus?* ¿quién tan sábio como Dios? Su sabiduría es tan vasta, que con un simplicísimo acto de su entendimiento penetra todo lo pasado, todo lo presente y todo lo por venir, no habiendo cosa alguna, ni

existente ni posible, que no sea perfectísimamente conocida de él. En cuanto á riqueza, *Quis ut Deus?* ¿quién tan rico como Dios? Sus tesoros son tan grandes, que, habiendo ya distribuido tantos y tantos á sus criaturas, él se queda tan rico como si no hubiese dado nada. En punto de...

Pero ¿qué hago yo? ¿pretendo acaso recorrer uno á uno sus infinitos atributos? Diré en pocas palabras todo lo que de él puede decirse con lengua humana. Dios es eterno, y en él no hay que buscar ni principio ni fin: Dios es inmutable, y en él no es posible hallar ni alteracion ni mudanza: Dios es inmenso, y á él ningun lugar le limita ni circunscribe. Él lo gobierna todo, y sin que dependa de nadie: él lo mueve todo, y sin que nada lo mueva á él: él lo provee todo, y sin que esto le cause fatiga alguna. Él causa todas las mudanzas, pero siendo siempre el mismo: él derrama infinitos bienes, pero quedando siempre igualmente rico: él descarga grandes castigos, pero quedando siempre pacífico. Él es grande, él es rico, él es santo, él es bello, él es sumo, él es Dios...

¿Qué os parece, fieles, de este Ser perfectísimo? ¿tiene derecho á nuestro amor?... ¿es digno de que le amemos?... ¡Lástima, diréis, que un Dios tan bello y perfecto no sea visto de nosotros! Él es sin duda muy amable en sí; pero, como en el estado presente nosotros nos gobernamos por los sentidos, no podemos, aunque queramos, amar tiernamente á un Dios que no se ve.—Ó Virgen de Sena, ¿habias visto tú á este Dios cuando su ardentísimo amor te hacia desfallecer con mortales deliquios? Ó Serafin del Carmelo, ¿habias tú visto á este Dios cuando su amor te hacia exclamar: *Muero porque no muero?* Vosotros, Santos y Santas, ¿le habíais visto cuando su amor os hacia dar en tales excesos, que á los ojos profanos parecian locuras? *Dios no se ve...* ¿Y qué, por ventura, para amar un objeto, es menester verlo con los ojos del cuer-

po? ¿Cuál de vosotros ha visto á Pablo y á Virginia, á Atala y á Cornelia, á Eneas y á Dido, y á otros tantos personajes imaginarios que la fantasía de los poetas hace figurar en las novelas? Y no obstante los amais; y tan apasionadamente, que la simple lectura de sus historias fingidas os hace verter lágrimas de ternura y compasion. *Dios no se ve...* Pero y sus bellísimas obras que tenemos á la vista ¿no nos hablan en alta voz de él y de sus infinitas perfecciones? Todo el universo ¿no es un cuadro sensible de su gloria y magnificencia? Cada criatura ¿no es un espejo en que reverbera la imágen de Dios invisible? *Dios no se ve...* Pero si le viésemos, ¿qué mérito tendríamos en amarle? Un Dios claramente visto destruiría nuestra libertad, y nosotros ya no seríamos libres de amarle ó no amarle; porque ¿cómo no amar á la misma bondad claramente vista? ¡Ah! si nuestro amor ha de ser un movimiento libre de nuestro corazon, y no un afecto necesario, preciso es que amemos á Dios sin verle. Bástenos saber que él es infinitamente amable, y que al mismo tiempo nos ama tiernísimamente.

Pero, ¿y es verdad, me diréis, que el Criador ama á la criatura, y que Dios pone su afecto en el hombre?—¡Ah! fieles: el solo preguntarlo es poner en problema si Dios es bueno; y preguntar si Dios es bueno es poner en duda si Dios existe. ¿Cómo seria Dios, si no fuese bueno? Y ¿cómo seria bueno, si no amase la obra maestra de sus manos? Ama un buen príncipe á sus súbditos, un buen padre á sus hijos, un buen pastor sus ovejas, un literato sus libros, el artista sus obras: ¿y Dios no amará al hombre que es su vasallo, su hijo, su oveja, su imágen y su obra predilecta? Nosotros miramos con particular afecto una casa que hayamos edificado con nuestros fondos, un árbol que hayamos plantado con nuestra mano, una flor que hayamos cultivado en nuestro jardin:

¿y Dios mirará con desden al hombre, á quien ha criado á su imágen y semejanza?

¡Ah! cristianos: todavía no existíamos ¿qué digo? aun no existia el mundo, y Dios ya se ocupaba de mí, de vosotros, y de nuestro bien; pudiendo decirse que nos ama desde la eternidad: *In charitate perpetua dilexi te*¹. Sí, antes que fuésemos, cuando éramos nada, y primero que pudiésemos conocer su amor, él nos amaba, él nos tenia impresos en su tierno corazon, él se complacia en idear todo el bien que nos ha hecho con el tiempo. ¡Oh, Dios mio, qué clase de amor es el vuestro! Yo no sabria, yo no podria, aunque quisiera, amar un objeto en quien no descubriese ningun mérito para ser amado, ni hermosura, ni bondad, ni ingenio, ni ninguna de las cualidades que hacen amable una persona. Y Vos, Dios mio, Vos me amábais cuando no descubríais en mí cosa alguna que me hiciese amable, cuando yo aun no podia tenerla, porque era un puro nada. ¡Oh Dios de mi corazon! ya no preguntaré mas, qué especie de amor es el vuestro; sino qué especie de corazon es el mio, si no correspondo á un tal amor.

No solo Dios nos ha amado sin ningun mérito nuestro, sino que nos ha amado siendo nosotros sus enemigos. Y ¡con qué preferencia! Oidlo, fieles, y ved si jamás se ha visto cosa igual. Pecaron los Ángeles, es decir, los hijos primogénitos del Altísimo, y hé aquí que el primer instante de su pecado fue el de su irreparable ruina. Ninguna indulgencia, ninguna gracia, ninguna redencion hubo para ellos: *Nusquam enim Angelos apprehendit*². Peca el hombre, como si dijésemos, la criatura vilísima, y hé aquí que, por decreto del Padre, el Unigénito de Dios baja de lo alto del cielo para visitarle en

¹ Jerem. xxxi, 3. — ² Hebr. ii, 16.

las entrañas de su infinita misericordia, cargar sobre sí todo la pena que él merecia por su culpa, y morir en una cruz para reconciliarle con su Padre indignado. ¿Cuál padre sacrificó jamás á su hijo querido para salvar á un esclavo? ¿Cuál padre no daría todos los esclavos del mundo por salvar á su hijo, y mucho mas si aquellos fuesen esclavos desleales, pérfidos y traidores? Pues esto que jamás se ha visto, esto que parece imposible, Dios lo ha hecho con nosotros. Dios Padre nos ha amado tan desmedidamente, que por salvarnos á nosotros, siervos desleales y rebeldes, se encruceció, si puedo expresarme así, contra su inocentísimo y único Hijo, y le entregó á la muerte: *Sic enim Deus dilexit mundum, ut Filium suum unigenitum daret*¹. ¡Oh qué pena! ¡oh qué envidia! ¡oh qué rabia causa á los Ángeles rebeldes este amor de preferencia con que Dios nos ha honrado! ¡Dios eterno! me parece les oigo exclamar, nosotros por un solo pecado irrevocablemente perdidos; ¿y el hombre cargado de culpas sobrevivir á nuestras penas? Para nosotros ninguna consideracion, ¿y para el hombre tanta indulgencia? Nosotros, criaturas nobilísimas, no haber tenido quien, haciendo el oficio de redentor, os ofreciese una sola súplica á favor nuestro, ¿y el hombre, lodo vil y despreciable, haber tenido por Redentor á vuestro mismo Hijo, quien ofreció por él su sangre y su vida? ¡Oh rabia!... ¡oh desesperacion!... Adoremos, fieles, con la frente inclinada la tremenda justicia de Dios sobre aquellas criaturas reprobadas, pero reconozcamos al mismo tiempo su inefable amor respecto de nosotros.

Este amor de Dios es tanto mas admirable, cuanto no puede proceder de mira alguna interesada, ni puede tener otra causa que su misma bondad. Que los hombres á veces nos

¹ Joan. iii, 16.

amen, nada tiene de particular; pues en esto mas se buscan á sí mismos que á nosotros. ¿Qué aman en nosotros los amigos de la tierra? Aman, no lo que somos, sino lo que valemos; no á nosotros, sino nuestras cosas: aman, por ejemplo, nuestra hermosura, nuestros bienes, nuestro poder, nuestro valimiento: *Non te, sed res tuas amant*, que dice san Gregorio papa. Y de que así sea, y de que todo el amor de los hombres sea un amor de especulacion y de cálculo ¿quereis una prueba? Haced que la rueda de vuestra fortuna dé una vuelta, quiero decir, que perdais la hermosura, las riquezas, el valimiento, el poder, etc., vosotros veréis como todo el amor de vuestros amigos se convierte en indiferencia, y tal vez en desprecio. El mismo Dios, no obstante su amabilidad infinita, ¿tendria sobre la tierra los pocos amigos que tiene, si no tuviese premios que darles, ni coronas que repartirles? Suponed que él cerrase el cielo y el infierno, y que hecho esto, dijese á los hombres: Ea, de hoy mas ni habrá cielo para los buenos, ni habrá infierno para los malos. Yo os agradeceré que me améis, pero tendréis que amarme con un amor puro y desinteresado, y sin que pueda esperar premio el que me ame, ni haya de tener castigo el que deje de amarme. Si Dios hablase á los hombres en estos términos, ¿conservaria por mucho tiempo los pocos amigos que cuenta? ¿No es cierto que á excepcion de pocas almas de una caridad muy fina, todo el mundo le volveria las espaldas?

Ó Dios mio, el amor que Vos nos teneis no es de esta especie. Vos nos amais, no por vuestro interés y ventaja, sino solo por nuestro bien. Porque ¿qué utilidad os lleva nuestro amor? ¿qué necesidad teneis Vos de nosotros? Cuando nosotros os aborreciésemos á muerte, ¿seríais Vos menos feliz? ¿seria por esto menor vuestra gloria? No, que siendo dichosísimo por Vos mismo, lo mismo es que os amemos ó que os

aborrezcamos : si os amamos, nada ganais ; y si dejamos de amaros, nada perdeis. Y no obstante ¡oh Dios bondadosísimo! Vos poneis en nosotros vuestro corazon, Vos nos amais tiernamente, y nos amais con un amor firme, estable y perenne.

¡Qué fácil es, cristianos, perder la amistad de los hombres! Basta una sospecha, un desaire, un nada para dividir dos corazones que antes formaban un solo corazon. Bien es verdad que en el mundo se hace mucho alarde de amor fiel, de amor constante, de amor duradero hasta la muerte : pero podeis creerme, católicos, las amistades hasta la muerte no son mas que puros romances. Ayer lo érais todo, y hoy no sois nada. ¿Habeis acabado de agradar á quien os ha jurado mil veces un amor eterno? Hé aquí que en un instante olvida todos sus juramentos. Ya podeis decir, ya podeis hacer : no agradais y se acabó. Pero ¿por qué no agradar, no habiendo habido muchas veces cambio alguno en vosotros, y siendo hoy los mismos que érais ayer? No sé qué responderos, sino que el corazon humano es hecho así. No sabe estar fijo en un mismo objeto, es inconstante por naturaleza y condicion, se cansa de amar siempre una misma cosa ; y si le preguntais ¿por qué ordinariamente acaba por aborrecer lo que amaba hasta con delirio? las mas veces no sabrá daros otra razon sino esta, *porque ya lo ha amado bastante*. Así son los hombres, cristianos ; y por esto nunca podemos contar con su amor con seguridad, siempre estamos expuestos á que á la mejor ocasion nos vuelvan las espaldas, y nos dejen. Vuestro amor, Dios mio, no es de esta naturaleza : respecto de Vos, yo no debo temer otra cosa que mi infidelidad. Yo sé que nunca seréis el primero en enemistaros conmigo, que vuestro corazon está en mis manos, y que jamás me negaréis vuestro amor, si primero yo no os niego el mio.

¿Qué mas, cristianos? ¡Ah! hay todavía otra cosa, que no

sé si podré decirla sin lágrimas. Aun cuando nosotros tengamos la vileza de abandonar á Dios, él por esto no deja de amarnos, antes parece que nuestra infidelidad aviva y enciende mas su amor. Como si perdiendo nuestra amistad lo perdiese todo, no omite diligencia, ni ahorra medio para conquistar de nuevo nuestro corazon. Quejas, ruegos, promesas, reprehensiones amorosas, todo lo emplea, todo lo pone en accion. Ya nos hace presentes sus beneficios pasados, ya nos recuerda el cariño con que siempre nos trató, ya nos pinta vivamente toda la fealdad de nuestro comportamiento, ya nos hace ver los males sin cuento en que va á sumirnos nuestra deslealtad. Y si consigue que le demos oidos, si logra que nos arrepintamos de nuestra ingratitud, ¡qué poco nos pide por ponerlo todo en olvido! ¡qué poco hemos menester para quedar amigos como antes! Un acento, un suspiro, una lágrima, un *peccavi* basta para que él se dé por satisfecho, y quede la cosa como si nada hubiese sucedido. ¿Son así los hombres?... ¿Aman con este desinterés, con esta constancia, con esta paciencia?...

No solo Dios nos ama del modo que acabais de ver, sino que desea sinceramente que nosotros le amemos : poco he dicho, nos pide nuestro amor con vivas instancias : mas diré, nos manda que le amemos so pena de incurrir en su enojo y en grandes castigos. Sí, fieles, todo un Dios se abaja á pedir nuestro amor, y á pedirlo como un favor, como una gracia, como una limosna. *Fili*, dice á cada uno de nosotros; *fili mi, præbe cor tuum mihi*¹ : dame, hijo mio, dame tu corazon. ¡Dios mio! ¡Dios mio! ¿qué dignacion es la vuestra? ¿Qué vale, amor de mi alma, qué vale mi corazon, para que Vos os digneis pedírmelo? Vos Señor del cielo y de la tierra, yo

¹ Prov. xxiii, 26.

gusanillo despreciable, ¿y me pedís el corazón? *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*. Mirad, Señor, que vuestra bondad os hace olvidar vuestra grandeza, y que Vos os abajais conmigo hasta donde no se abajaria ningun hombre. No importa, dice: *Præbe, fili mi, cor tuum mihi*: Dame tu corazón. Lo quiero, te lo pido, y no estaré contento hasta que me lo hayas concedido.

¿Cuál de nosotros, amados míos, tendrá valor para negar el propio corazón á un Dios que nos lo pide con tanta instancia, que lo merece por tantos títulos, y que por obtenerlo hace valer el tiernísimo epíteto de hijo? *Fili*. ¿Y qué mas se necesita para adherirnos á tan amorosa invitacion? ¿Queremos grandeza, hermosura, sabiduría, poder, santidad? En Dios se halla todo esto en un grado eminentísimo. ¿Queremos amor preveniente, desinteresado, generoso, paciente, firme, estable, eterno? Tal es el que Dios nos profesa. ¡Ah! quien no ama con todo el corazón á un Dios tan digno de ser amado ¿qué diré de él? ¿diré que es un ingrato? ¿diré que es un insensible? No: diré que es un aborto de la naturaleza, un ser degenerado, un monstruo semejante á los que habitan en el infierno. Que estos infames epítetos no hayan de aplicarse á ninguno de vosotros. Amen.

DOMINGO DÉCIMOTERCIO DESPUES

DE PENTECOSTES.

Sin hacer violencia alguna al evangelio de este dia, se puede tomar pié de él para predicar sobre materias tan diferentes como lo son el escándalo, los peligros de quien peca en confianza de la confesion, y la confesion general.

Para predicar sobre el escándalo se echa mano del texto que dice: Occurrerunt ei decem viri leprosi, qui steterunt à longè; y el discurso se dispone así: «Yendo un dia Jesucristo á «Jerusalen, al entrar en una aldea que estaba situada en los «confines de Galilea y Samaria, le salieron al encuentro diez «hombres leprosos, quienes, parándose á lo lejos, por no atreverse á acercarse á él, levantaron la voz, diciendo: Jesús, «nuestro maestro, compadeceos de nosotros. Luego que el Salvador los vió, dijo: Id, mostraos á los sacerdotes. Y sucedió que cuando iban, quedaron curados. ¿Por qué pensais «vosotros que aquellos leprosos se detuvieron luego que vieron «al Salvador, sin atreverse á dar un paso mas? Fue porque, «como la lepra es un mal contagioso, la ley de los judios prevenia, que los que estuviesen atacados de esta enfermedad no «se acercasen á nadie, para evitar el peligro de comunicarla «con el roce. ¡Qué lástima, feles, no haya tambien ahora una «ley que mande echar fuera de la sociedad á los muchos leprosos que viven entre nosotros! Quiero decir, á tantos escandalosos que con sus malos ejemplos comunican á los buenos el